

el mundo que llegára á tener tanta fuerza moral: lo grandioso del objeto á que se queria llegar cubria con su prestigio la atrocidad de los medios, y ni aun en los pechos generosos hallaba entrada la compasion. Cítase al famoso Renaudin por haber sido de un natural bueno y sensible, y en el tribunal revolucionario era uno de los jurados mas implacables.

Levántanse como por encanto ejércitos innumerables, que se van echando en la balanza de los destinos de Europa. Una comision prodigiosamente creadora y activa les procura fondos y provisiones; do quier sucumben los enemigos ó son neutralizados sus esfuerzos con dinero ó intrigas diplomáticas; reconquistanse las fronteras del territorio francés; se forma y organiza una marina admirable, y el estado, que en su estenuacion parecia estar á punto de disolverse, adquiere nuevo vigor y se levanta mas imponente que nunca. Así ¡qué entusiasmo no inspiraban aquellas elocuentes comunicaciones que desde la tribuna de la convencion transmitian con la rapidez del rayo á todos los puntos de Francia los cuadros sobremanera animados de los peligros que la nacion corria, inflamaban los corazones con la espresion sublime y siempre animada del patriotismo, único que podia salvarla replegándolos en torno de la causa pública, y arrastraban los ánimos con el lenguaje austero ó solemne del republicanismo ó los exaltaban con la relacion de las victorias y triunfos!

El mismo Chateaubriand no pudo contener un grito de admiracion al ver los prodigios que improvisó aquella combinacion horriblemente conservadora (1). Mucho distan nuestras espresiones, que de ningun modo deben tomarse por la apologia de tantas crueldades, de tener el fuego de las que usó el noble par.

Pero, ¿qué objeto tenian las matanzas de setiembre? En pro del honor del pueblo francés y de la humanidad, dijo Garat en la sesion del 22 de octubre de 1792, es preciso considerar todas las circunstancias que hacen recaer los acon-

(1) Vile *Essai sur les Revolutions*, capítulo XIII, páginas 38 y siguientes.

tecimientos de setiembre sobre los enemigos de la libertad, que los han hecho *necesarios*. « Para librarse los girondinos del enemigo coligado, que, segun ellos, nadie podia oponerse á que se hallára en Paris antes de seis semanas (1), habian proyectado trasladar la convencion á las provincias meridionales, y llevar al mediodia (así se espresaban) la *estátua de la libertad*. Danton fué el único que se opuso á ello en el consejo de ministros, diciendo: Paris representa la Francia, y el ceder este punto á los enemigos es abandonarles la revolucion.»

Álzase de nuevo la Vendea; Longwy se habia rendido cobardemente; en Soissons faltaban armas y municiones; Lafayette habia abandonado el ejército; Verdun era la única plaza de guerra que se conservaba entre el enemigo y Paris; las traiciones se hacian temibles, descubriéndose diariamente en los papeles embargados de palacio muchos cómplices de la clase media con el partido realista. Habia en Paris un cuerpo de treinta mil hombres pagados por la corte, alistados, divididos en brigadas y bajo la direccion de una junta central (2). En 10 de agosto todos los caballeros del puñal se habian escapado por la galería del Louvre, que el pueblo se habia olvidado de hacer vigilar.... (3). Los tribunales habian absuelto á los que habian reclutado aquella gente, Dange-mont y Dassonville, con el absurdo pretesto de que, si bien eran convictos de haber cooperado al alistamiento de hombres armados para encender la guerra civil, no lo eran de haberlo hecho con *dañada intencion*. Igual resultado se vió con respecto á Montmorin, tambien convicto de haber formado un plan de conspiracion cuyo efecto estalló el dia 10 de agosto, pero absuelto por no haber obrado mal *intencionadamente*. El pueblo no pudo contener su cólera y la manifestó en una esplosion. Carra y aun Gorsas, aunque girondinos, pre-

(1) *Memorias de Barbaroja*, pág. 37, y *Memorias de Durand-Milla-ne*, pág. 47.

(2) *Informe de Bazire* del 6 de noviembre.

(3) *Relacion de Pthion*.

sentaban todos los días horribles cuadros de las traiciones del interior y de las amenazas del exterior. Rolland publicó un anuncio en 1.º de setiembre en que decía que los realistas interceptaban la circulación de los granos, y propagaban falsos asignados. Ya todos se figuraban ver París abandonado y entregado al saqueo.

El día 1.º de setiembre se difundió la voz que iba á darse libertad á los presos (á consecuencia de una mocion de Danton del 28 de agosto se habian capturado un sin número de sospechosos); que iba á pegarse fuego á los cuatro ángulos de París, y que todos los patriotas habian de ser pasados á degüello. Dispárase el cañonazo de alarma, y llámase á las armas á todos los ciudadanos. En las casas Consistoriales ondea una bandera negra con este lema: *La patria está en peligro*. Vergniaud anuncia que el enemigo va progresando y que pronto caerá sobre París; Rolland, que acaba de descubrirse una vasta conspiracion en el Morbihan; Lebrun, que la Rusia se va coligando con las demas potencias, y que cubre con sus escuadras el mar Negro con ánimo de pasar al Mediterráneo por los Dardanelos. Decrétase un levantamiento en masa y que se cierran las barreras (1); difúndese entre el pueblo un espanto universal, y todos se dicen: Si marchamos hácia el enemigo, nuestras mugeres y nuestros hijos serán degollados y nuestros bienes saqueados por los traidores que tras nosotros quedan; y lánzase este grito espontáneo: *¡Esterminar á los traidores!* (2). Las secciones *Poissonnière*, del Luxemburgo, des Thermes, de Correos, de los Quinze-Vingts, y otras muchas, están deliberando sobre si se inmolará ó no á los presos (3). Pethion dijo en un discurso que pronunció en 27 de octubre, que ya en 23 de agosto una seccion se habia presentado en calidad de diputacion al consejo de la municipalidad, y declarado que estaba dispuesta á violentar las cárceles y hacerse justicia por sí en el caso que se disir-

(1) *Acta de la municipalidad del 2 de setiembre.*

(1) *La Vérité toute entière*, por Méhée.

(2) *Maton de la Varenne, Historia particular*, pág. 310.

se el juzgar á los culpables. Y dirígese el pueblo entero á las cárceles sin que el consejo general de la municipalidad tomé otra medida para contrarrestar sus sangrientas ejecuciones que la de nombrar comisionados *con el fin de proteger á los presos por deudas, y por causas civiles*. (1). No parece pues sino que este consejo trata de autorizar lo que está pasando, limitándose paraque se hiciese con algun órden en acordar que se intime al pueblo que sean *juzgados* los presos (2).

Sin embargo, este pueblo terrible no se mostró enteramente falto de misericordia, como lo atestiguan Sicard, Cazotte, Sombreuil, Saint-Meard, las señoras de Tourzel y su hija, Saint-Brice, Navarre, Septeuil, la princesa de Tarento y la marquesa de Fausse-Landry, y asimismo los estremos de alborozo á que se entregaba cada vez que se absolvía á un preso. Por lo que toca á la desgraciada princesa de Lamballe, su pérdida fué debida á unas cartas que se le encontraron cuando su primer interrogatorio, la una de las cuales era de la reina; siendo de tal naturaleza dichas cartas, segun espresa Weber en sus memorias, que ninguna esperanza de salvacion debian prometerle.

La asamblea nacional no tomó medida alguna de represion y dejó hacer. Bazire dijo: corre la voz que se están degollando los presos, y todos se preguntan si semejantes enemigos de la libertad, que por espacio de cuatro años han atraido sobre su malhadada patria los azotes del hambre, de las disensiones intestinas y de la guerra, merecen que vaya uno á esponer su vida para defenderlos, y si es prudente conservar unos hombres tan peligrosos mientras el enemigo se va adelantando. El comité de vigilancia, en vez de oponer una valla al encono popular, escribió á los departamentos la famosa circular del 3 de setiembre, avisándoles que en París antes de marchar al enemigo habian inmolido á los traidores, é invitándoles á tomar esta *medida indispensable de salud pública*.

(3) *Procès-verbal des Féances.*

(1) *Maton de la Varenne*, pág. 429.

De todo esto se deduce que el mismo gobierno se asoció á los hechos de los días de setiembre, que la opinion pública los juzgaba necesarios, y que lo que tuvieron de criminal debe recaer sobre la ley imperiosa de la salvacion de todos, única justificacion posible que aligere algun tanto la conciencia de la nacion francesa del remordimiento de semejante crimen. « Este terrible acontecimiento, dice Napoleon, estaba en la fuerza de las cosas y en el espíritu de los hombres. No puede decirse que sea un acto de pura atrocidad: iban á entrarlos prusianos, y antes de volar á su encuentro, tratóse de quitarse de delante los auxiliares que tenian en Paris » (1).

Muy atras hemos dejado al parecer á Rosa Lacombe; pero ahora vamos á ocuparnos de ella esclusivamente. Consiguió familiarizarse con los corifeos del partido demagógico, y armada con los dos cetros de la palabra y la espada, habia llegado al apogeo de gloria que puede ambicionar un pecho femenino. Con la confianza y altivez que le daba su grande ilustracion, viósele presentar en 26 de agosto de 1793 en cabeza de una diputacion de la sociedad llamada de las *republicanas revolucionarias* para denunciar en la barra de la convencion nacional á los empleados nobles y administradores sospechosos. Citaremos algunos pasages del discurso que pronunció y se ha conservado, á fin de que el lector vea una muestra del talento oratorio de esta intrépida arengadora: « Ciudadanos legisladores, justamente indignadas del sinnúmero de prevaricaciones que tienen lugar en todas las administraciones, y particularmente en el ministerio del interior, venimos á provocar vuestra severidad y reclamar la ejecucion de las leyes constitucionales. Si la pedimos con tanto abinco, esa constitucion, no fué por cierto para que pudiese ser violada impunemente. Probad que quereis salvar la patria, con la destitucion de todos los nobles. No le basta al pueblo que se le vayan dando leyes, lo que quiere es experimentar sus buenos efectos; y no puede menos ese pueblo que ver con indignacion

(1) *Memorial*, toms XV, pág. 15.

que mientras él está pereciendo de miseria hay hombres que se están engordando con su sangre. Ya no fiamos en la virtud de esos hombres que se han cubierto con la capa del patriotismo para entregarse impunemente á la injusticia y al robo. ¿ Quereis que no pensemos que los nobles tienen defensores entre vosotros? Destituidlos á todos de los destinos que ocupan; no deis por pretesto que el privar nuestros ejércitos de gefes experimentados seria desorganizarios, porque cuanto mas talento tienen, mas temibles son; reemplazadlos con esos valientes militares á quienes hasta hoy día ha suplantado la intriga, pues si en tiempo del despotismo el crimen tuvo la preferencia, bajo el sistema liberal tan solo el mérito debe ser premiado. Habeis decretado que sean detenidos los sospechosos; pero ¿ puede ser mas irrisoria una ley que los mismos sospechosos han de mandar ejecutar? ¿ De este modo se juega con el pueblo? ¿ Esta es la recompensa de los males que ha sufrido por la libertad! No, no se dirá que el pueblo se ve obligado á hacerse justicia por sí mismo. Supuesto que habeis decretado la destitucion de todos los administradores que han faltado á su deber, decretad la de todos los ex-nobles, decretad el levantamiento de los hombres en masa, y habeis salvado la patria! » (1).

Bastante audacia se necesitaba por parte de una muger para ir á regentear aquella formidable convencion que todo lo hacia temblar, y amonestarla y acusarla así de lentitud ó indulgencia. Dicha mocion fué oida hasta el fin, mas no admitida á discusion.

Hacia el mismo tiempo á corta diferencia, cuando el atentado de Carlota Corday, se presentó en la tribuna de la asamblea uno de los mas acérrimos partidarios de Marat y él desfogó contra esta heroína, amalganando, arrebatado por la fogosidad de su zelo, á todas las mugeres en sus imprecaciones. No aguardó Rosa Lacombe mas que al día siguiente para ponerse otra vez al frente de una diputacion de la sociedad de mugeres republicanas, y presentarse á tomar la

(1) Vide *Monitor*, año 1.º, núm. 240.

defensa de su sexo en estos términos: « Legisladores, ayer hubo quien trató de sorprender vuestra religion. No pudiendo los intrigantes y calumniadores hallarnos crímenes, ¡han osado compararnos con unas Médicis, con una Elisabeth de Inglaterra, con una Antonieta de Francia, con una Carlota Corday! Ah! no hay duda que la naturaleza ha producido un monstruo que nos ha privado del amigo del pueblo; mas ¿podemos nosotras ser responsables de este crimen? ¿Y acaso pertenecía Carlota á nuestra sociedad? ¡Ah! ¡nosotras somos mas generosas que los hombres! No mas que un monstruo ha producido nuestro sexo, al paso que ya van cuatro años que somos vendidos, asesinados, por los infinitos monstruos que el vuestro nos ha dado. Nuestros derechos son los del pueblo; y si se nos oprime, sabremos oponer la resistencia á la opresion! » (1).

Notáronse algunos susurros que dieron á entender á esta arrogante Vespéria que no habia tenido tanta aceptacion como se habia prometido; y desde entonces pudo preverse la próxima caída de las sociedades de mugeres, que ellas mismas precipitaron con sus temeridades y bravatas insultantes, como lo veremos en el curso de esta relacion.

Un poder que en las mugeres no tiene igual quiso al parecer vengar á los nobles del violento arranque de que se dejó arrastrar contra ellos Rosa Lacombe. El amor, que repara muy poco en distinciones políticas, hirió á favor de uno de ellos el implacable corazon de la fogosa republicana, y destruyó con un solo flechazo todo el edificio de sus teorías democráticas. El autor de este milagro fué el jóven Rey, sobrino del ex-corregidor de Tolosa de este nombre, ambos detenidos á la sazón en calidad de ex-nobles y por haber ejercido persecuciones contra los patriotas de dicha ciudad. Vióse Rosa, y le consagró desde luego todo su alvedrío. Amaba con la misma impetuosidad que habia aborrecido; ¿y creeráse que tuvo la inesplicable osadía de llamar á su casa al diputado Bazire, intimarle que le diese cuenta de los motivos de

(1) Vide sesion de la Convencion nacional del 16 de octubre de 1793.

la detencion de su amante, y amenazarle con la venganza de las mugeres revolucionarias si en union con el comité no sedaba prisa en ordenar que fuese puesto en libertad?

Bazire hizo tan poco caso de la amenaza de Rosa, que ni siquiera juzgó conveniente manifestarla á la convencion. Despechada por verse así depreciada con el olvido, volvió á la carga pasando ella misma á la casa de dicho diputado y hablándole con tales denuestos, que para evitar el lance sensible que las mugeres instigadas por ella podian originar, juzgó que era deber suyo denunciar este hecho á los jacobinos. En consecuencia, en la sesion de este club de 16 de setiembre de 1793, manifestó lo que habia pasado entre los dos, añadiendo que ella se habia producido *en términos muy indecentes, que habia supuesto que era injusto tener de este modo presos á los hombres, y que, revolucion ó no revolucion, era menester recibirles declaracion en las veinte y cuatro horas, ponerlos en libertad si eran inocentes, ó mandarlos pronto á la guillotina si eran culpables.*

En la misma sesion, otro miembro añadió á las inculpaciones que habia dirigido Bazire á Rosa Lacombe, la acusacion de tener en su casa á un noble y vivir habitualmente con el jóven Leclerc, autor de un diario realista, que habia sido espulsado de los franciscanos y que tenia la nota de haber escrito que si trataban de prenderle asesinaría al que espidiese la orden y al que la ejecutase; de haber escrito asimismo una carta amenazando á la ciudadana Gobin, porque ésta habia denunciado al mismo Leclerc por haber ultrajado los manes de Marat; y finalmente de haber con otras mugeres calumniado la *virtud personificada* en Robespierre, el zeloso defensor de la patria, á quien tuvo la osadía de llamar *monsieur* (señor), habiéndose valido de toda clase de medios para mancillar la inalterable reputacion de este poderoso triumviro. Entonces Bazire, al paso que reconoció *los importantes servicios que habia hecho la sociedad de republicanas revolucionarias*, concluyó pidiendo que se tomasen las medidas conducentes para que mediante un riguroso escrutinio dicha sociedad espulsase de su seno á todas las que hubiesen ejer-

cido actos culpables contra la libertad, ó cuyo patriotismo fuese dudoso.

En este momento Chabot tomó la palabra, y dijo: «Ya es tiempo de que se hable sin disfraz con respecto á esas mugeres supuestas revolucionarias; voy á descubrir las intrigas que entre ellas se agitan, y estoy seguro que os llenarán de sorpresa. No ignoro lo que uno se espone agriando á una muger, y con mas motivo si son muchas; mas yo no temo sus intrigas, denuestos ni amenazas. Hace algunos dias fui detenido por el caudillo de esas mugeres, la ciudadana Lacombe, quien me preguntó que pensábamos hacer con el ex-corregidor de Tolosa. Contesté que estrañaba mucho que ella se empeñase á favor de un ex-noble, y de un hombre que habia hecho prender á varios patriotas. Ella alegó que era un sugeto que daba pan á los pobres.—A esto yo repliqué que por este medio se hacia la contra-revolucion. Finalmente, ella me amenazó con toda la animadversion de las mugeres revolucionarias si no hacia que el comité de seguridad general diese la órden para que fuese puesto en libertad.—Confieso que en dicha entrevista se profirieron palabras muy gordas, y yo me retiré.—Al dia siguiente estuvo ella en mi casa, y volvió á decirme lo mismo. Tuvo la candidez de confesarme madama Lacombe, porque ya no merece el título de ciudadana, que el que le habia inspirado interés no era M. Rey, sino su sobrino. (Aplausos.) Entonces yo le dije: A mí se me acusa de que me dejo guiar por las mugeres, y jamas hiciéra por ninguna lo que hace V. por esos hombres; todas las mugeres juntas de la tierra nunca conseguirán que yo haga cosa alguna que sea contraria al bien público.—Por lo mismo que quiero á las mugeres, me opongo á que formen una corporacion separada, y que calumnien la virtud personificada. Han tenido la osadía de atacar á Robespierre y llamarle señor. Pido en consecuencia que se tomen contra esas mugeres revolucionarias medidas violentas capaces de reprimir la insensata manía que de ellas se ha apoderado; reclamo que hagan un espurgo de todas las intrigantes que cuentan en su seno, y que se las invite á ello por medio de una carta.»

Otro miembro habló en estos términos: «Ayer, como sabeis, se celebró en la sesion de la Montaña la inauguracion de los bustos de Lepelletier y Marat; habló una muger, y dijo cosas muy buenas, pero luego atacó las autoridades constitucionales y disparó balas rojas contra los jacobinos y la convencion. Dicha muger, por la misma razon que es elocuente, es muy peligrosa.» A estas palabras preséntase Rosa con el gorro encarnado, y lánzase á la tribuna para contestar; pero agítase la asamblea, y el tumulto obliga al presidente á cubrirse. Y cuando se hubo restablecido la calma la asamblea decretó: 1.º Que se escribiese á la sociedad de ciudadanas revolucionarias para inducirla á deshacerse por medio de un riguroso escrutinio de todas las intrigantes que encierra; 2.º que al comité de seguridad general se le invitase á disponer la captura de todas las mugeres sospechosas; 3.º que se nombrasen comisionados con el encargo de denunciar ante el comité de seguridad general á Rosa Lacombe y Leclerc (1).

Parece que esta última disposicion no tuvo resultado alguno con respecto á Rosa Lacombe, y si bien el diario de *Salud pública* y la *Gaceta francesa* anunciaron tambien su arresto, siempre no obstante conservó la libertad, como lo prueba la chistosa carta que escribió á este último periódico en 25 del próximo setiembre, que termina de este modo: «Le probaré á V. que tengo los brazos tan libres como el cuerpo, divirtiéndome en descargar sobre sus costillas una linda paliza, si en el número de mañana no se retracta V.; y cuidado que yo no falto á mi palabra. ROSA LACOMBE, presidenta.»

Mas ¡ay! si el decreto no tuvo para ella malas consecuencias, las tuvo muy terribles para sus desgraciados amantes, sin que la infeliz Rosa, no obstante la influencia que aun conservaba, pudiese arrebatarnos al hacha revolucionaria, que al cortar el hilo de sus dias destrozó igualmente la tra-

(1) Vide *Diario de la Montaña*, pág. 760, tomo I; y *Gaceta Francesa*, por Cerisier, pág. 1341.